

Inmigración y desafíos de la Europa multicultural

ALBA GOYCOECHEA

El viejo continente comienza el nuevo milenio afrontando un gran desafío: dar una respuesta a los miles de inmigrantes que año tras año provienen desde diversos países del tercer mundo y de la Europa del Este en busca de mejores oportunidades. Frente a esto, cabe plantearse la siguiente interrogante ¿cómo sustentar una realidad multicultural producto de un mundo globalizado dentro del proyecto hegemónico de la hoy consolidada Unión Europea?

El final del siglo XX se ha caracterizado como “la era de la migración”.¹ Grandes contingentes de personas atraviesan fronteras, volviendo cada vez más multiétnicos un gran número de países. Pero, como contracara de ello, a la última década, marcada en Europa por la guerra étnica en la antigua Yugoslavia, se le ha conocido también como “la era del nacionalismo”. Mundialmente es cada vez mayor el número de grupos que se movilizan y afirman su identidad. Como consecuencia, la vida política de muchas naciones se ve cuestionada por una nueva “política de la diferencia cultural”. Por tanto, al final de la Guerra Fría, las reivindicaciones de los grupos étnicos y nacionales han pasado al primer plano de la vida política, tanto en el ámbito interno como en el internacional.

De hecho, dentro de los fundamentos liberales, el derecho a las minorías se constituye como pilar fundamental para el futuro de la tradición liberal en todo el mundo, volviéndose incluso un tema can-

dente. En la actualidad, el destino de muchos grupos étnicos se encuentra bajo la presión de nacionalistas xenófobos y de extremistas religiosos. Esto acrecienta aún más el problema del liberalismo, que debe contemplar esta situación y abordar las necesidades y aspiraciones de las minorías étnicas y nacionales.

Un ejemplo de ello constituye la “Resolución sobre el racismo, la xenofobia y el antisemitismo y sobre el Año Europeo contra el Racismo”, en el año 1997,² elaborada por el Parlamento Europeo, que sostiene lo siguiente:

Condena con la mayor firmeza el racismo, la xenofobia y el antisemitismo en todas sus formas, puesto que constituyen violaciones flagrantes de los derechos individuales y son signo de intolerancia y pide a los gobiernos de los Estados miembros que garanticen la protección de las comunidades extranjeras contra la violencia racista y contra toda forma de discriminación.

Dentro de este contexto, la inmigración está caracterizada efectivamente por oleadas de naturalizaciones y regulaciones y está acompañada en numerosos países del levantamiento parcial del veto para la concesión de derechos políticos y para la adquisición de ciudadanía, así como de una política de reconocimiento legal de los derechos de las lenguas y culturas minoritarias.³

La emergencia de esta problemática no es más que el reflejo de un síntoma que expresa una situación de alto grado de complejidad. “En el mundo poscolonial y de la posguerra, dentro del marco de la nueva economía internacional y de las poblaciones masivas, las ideologías nacionales asociadas con el Estado Nacional contemporáneo se han mostrado incapaces de romper con el pasado y enfrentar las nuevas realidades multiculturales de sus sociedades cambiantes”.⁴

Expresión de esta incapacidad es el surgimiento de actitudes que pueden encontrarse en diversos testimonios y prácticas discursivas que parecen dar cuenta de la situación del inmigrante en Europa.

Son precisamente aquellos que se sienten cada vez más amenazados por la transformación de la naturaleza del Estado Nacional, quienes con más tenacidad se aferran a sus tradicionales ideologías exclusivistas.

Un ejemplo de ello es la emergencia de formaciones políticas que presentan como rasgo fundamental de sus programas ideológicos el rechazo a la inmigración. Tal es el caso del Front National de Francia, liderado por el ultraderechista Jean Marie Le Pen, o el de su vecina España 2000. Aunque en el caso de esta última, su presencia es por el momen-

El destino de muchos grupos étnicos se encuentra bajo la presión de nacionalistas xenófobos y de extremistas religiosos.

to minoritaria, el FN tiene importantes alcaldías como la de Marsella, en el sur del país, una ciudad que concentra buena parte de la inmigración argelina en Francia. Tampoco Alemania o Inglaterra se salvan de contar con organizaciones de extrema derecha que rechazan la llegada de los inmigrantes. En Alemania existe un importante movimiento de ideología nazi que ha protagonizado en las dos últimas décadas ataques contra ciudadanos de procedencia turca y kurda, principales minorías étnicas del país germano.

Pero, sin duda, el avance más sorprendente en la política de movimientos xenófobos fue la llegada al gobierno del partido conservador austríaco, liderado por el también derechista Haider, y del italiano Umberto Bossi, dirigente del partido Liga Norte. Este último, según el testimonio recogido por el periódico *Jornada*,⁵ proclama: ¡no queremos una Italia multiétnica! Como una de las declaraciones de principios más transparentes emitidas por el racismo socioeconómico posmoderno.

El rotativo francés *Le Monde Diplomatique*⁶ señala en un artículo de Jean-Ives Camus, que

La encuesta de Eurobarometre en 1997 demuestra que los electores del FN, del Vaams Blok y de los Republikaners son adictos a la idea de una discriminación antiinmigrantes y rechazan cualquier forma de multiculturalismo, se trata de partidos en los que el racismo reposa en el odio al mestizaje. Los partidos de otros movimientos, como los populismos escandinavos, la Alianza Nacional, La Liga y el FP están menos marcados por el racismo y motivan su oposición a la inmigración por un diferencialismo cultural claramente expresado en el programa de Heider: “La conciencia que se tiene de las cualidades específicas de su pueblo es inseparable de la voluntad de respetar lo que es específico de otros pue-

blos”, formulación ampliamente emparentada al etnodiferencialismo de la nueva derecha.⁷

MULTICULTURALISMO Y EUROPEIZACIÓN

Aunque, como ya se señaló, algunos sectores se aferran a la idea del Estado-Nación, resulta evidente que, dentro del panorama europeo, existe una marcada tendencia a la “europeización” acompañada del establecimiento de la hoy consolidada Unión Europea.

Esta cuestión centralmente se refiere al desafío de construcción de un Estado europeo como la forma predominante de organización social y política en Europa moderna, caracterizada por la aparición de nuevas instituciones, de nuevos tipos de acción social y política, y de nuevas formas de cultura, más allá o a través de límites nacionales.

Estas concepciones desafían a los viejos fundamentos como la soberanía del Estado y su control sobre los procesos sociales; su legitimidad como miembro y su participación política.

Y es justamente la inmigración la que mayor peso juega en este proceso en la medida en que, paradigmáticamente, también representa un desafío a este Estado-Nación.

Europa mira más que nunca al “otro”, aunque ese “otro” –que no es más que el refugiado, el inmigrante– en razón del empequeñecimiento del mundo, ya no es alguien lejano al que se estudia científicamente, o al que se le salva con la ayuda humanitaria. El “otro” está ahí amenazándonos con su desorden, intentando infiltrarse en nuestro sistema; amenazando, en fin, la fortaleza de Europa.⁸

Los inmigrantes se constituyen, ya sea por presentar características físicas diferentes o por ser culturalmente diferentes, en receptores de rechazo, en la medida en que no encarnan el elemento de lo nacional, y que, por tanto, distorsionan la apacible idea de nación homogénea.

En el texto de Nasser Negrouche, aparecido también en *Le Monde Diplomatique*,⁹ se realiza una entrevista a un inmigrante árabe en Francia, en el que se lee:

En Toulouse, Nedjama, de veintiséis años, titular de una licenciatura en Derecho y un diploma de management se encuentra en el paro de dos años después de haber finalizado sus estudios. La mayor parte de sus compañeros de promoción han encontrado empleo. Sin embargo, no piensa cambiar de nombre. En árabe, Nedjma quiere decir “estrella”. ¿No le parece bonito? Nadie me cambiaría el nombre. Eso significaría que estaríamos en un país de no-derecho, que integra a las personas, no en función de su talento, sino en función de sus facciones. Es un cuestionamiento total de los fundamentos de la República, del Estado de Derecho y de todos esos valores de igualdad y justicia que aprendí en la escuela primaria.

En un mundo caracterizado cada vez más por expresiones racistas, sobre todo en Europa, “el racismo posmoderno contemporáneo es el síntoma del capitalismo tardío multiculturalista, y echa luz sobre la contradicción propia del proyecto ideológico”.¹⁰

La forma ideal de la ideología de este capitalismo global es la del multiculturalismo, esa actitud que –desde una suerte de posición global vacía– trata a cada cultura local como el colonizador trata al pueblo colonizado: como “nativos”, cuya mayoría debe ser estudiada y respetada cuidadosamente... en el multiculturalismo existe una distancia eurocentrista condescendiente y/o respetuosa para con las culturas locales, sin echar raíces en ninguna cultura en particular.¹¹

Vemos su definición de multiculturalismo en la siguiente afirmación:

el multiculturalismo es una forma de racismo negada, invertida, autorreferencial, un “racismo con distancia”: respeta la identidad del “otro”, concibiendo a éste como una comunidad “auténtica”, cerrada, hacia la cual él, el multiculturalista, mantiene una distancia que hace posible gracias a su posición universal privilegiada.¹²

En tal sentido, el proyecto institucional europeo debería concebir a Europa –como decía Madariaga–,¹³ antes como una gran familia que como una asociación, como una comunidad, para lo cual necesita un universo simbólico propio. Pero el proyecto europeo viene siendo un proyecto de intereses más que de valores comunes, con un concierto económico al que se ha querido presentar bajo la apariencia de una “comunidad”. Por lo que termina constituyéndose más en una

asociación económica de Estados en su condición de sujetos reguladores de los Estados.

Vale entonces citar el cuestionamiento que realiza Alain Touraine “¿Cómo evitar que cada comunidad se encierre a sí misma y defienda sus valores frente a los de las otras comunidades, considerándolos por definición incompatibles con los suyos? El relativismo cultural conduce necesariamente a la segregación y al gueto”.¹⁴

La emergencia de esta problemática no es más que el reflejo de un síntoma que expresa una situación de alto grado de complejidad.

Como ya hemos señalado, estos procesos de exclusión son la contracara del discurso multiculturalista sustentado por una economía mundial globalizada que esgrime en sus funda-

mentos básicos el respeto a la diferencia. Pero ese respeto es una forma de delimitar diferencias que no hacen sino reafirmar una posición de superioridad respecto al resto, es decir, a los “otros”.

En el caso de los inmigrantes en Europa –que tornan aún más coloridos sus trajes de Arlequín–,¹⁵ los conflictos convergen y se acentúan en diferentes países, aun pese a que los principios de la Comunidad Económica Europea sostienen la aceptación de Estados multiculturales, tal como sostiene el apartado 4 del artículo 128 del Tratado de Maastricht: “La Comunidad Europea tendrá en cuenta los aspectos culturales en su actuación en virtud de otras disposiciones del presente tratado”.

REFLEXIONES FINALES

La problemática multiculturalista da testimonio de la convergencia hacia el establecimiento de políticas de la diferencia cultural. Esto nos conduce a afirmar que la energía crítica encuentra su válvula de escape en la pelea por diferencias culturales, mientras el sistema capitalista mundial sigue su marcha triunfal.

Dentro de esta coyuntura, Žizek plantea una salida que desde un gesto político de la “izquierda” se vaya hacia “identificar la universalidad con la cuestión de la exclusión”.¹⁶ En tal sentido, es un llamado de aten-

ción hacia esta forma de manipulación, expresada anteriormente. En una sociedad estructurada jerárquicamente, la medida de su verdadera universalidad se encuentra en la forma en la que sus partes se relacionan con los grupos subalternos, en este caso, los inmigrantes excluidos.

Cobra entonces importancia entender el planteamiento de Touraine, quien sostiene que en el caso europeo, el multiculturalismo no es el adversario del universalismo europeo. Por el contrario, es su otra cara. Lo que une al universalismo y el multiculturalismo es más importante que lo que los opone, puesto que los une la voluntad común de situar a una cultura por encima de otra dentro del poder del Estado o de los intereses de un grupo social.

En tal sentido, Touraine sostiene la necesidad de que este multiculturalismo esté asociado a instituciones garantes de los derechos de las culturas, aunque siempre con mucho cuidado de no caer en un relativismo cultural.

Por tanto, de acuerdo a Pietro de Pedro,¹⁷ en el caso europeo deben implementarse políticas culturales en las que las instituciones comunitarias promuevan programas que enseñen a los ciudadanos a comprender y a vivir la diversidad interna de Europa como un factor de enriquecimiento y como un antídoto frente a la intransigencia nacionalista. Y que enseñen asimismo a los ciudadanos a comprender a esos “otros” venidos de afuera.

El racismo, la xenofobia y todas sus variantes son testimonio de una clara pérdida de memoria, cuando hasta los años cincuenta, grandes corrientes migratorias salieron del continente escapando a las convulsiones sociales y económicas de la primera mitad del siglo XX.

El periódico español *El mundo* (27 de setiembre de 1998) señala en uno de sus artículos:

En un documento, publicado con motivo del Día de las Migraciones y titulado “Espíritu de entendimiento”, el Episcopado advierte que los inmigrantes tienen que “soportar, en ocasiones, el desprecio, la intolerancia y la violencia”. Más aún, “algunos dicen que su presencia puede provocar la pérdida de la propia identidad nacional, cultural y religiosa”. Según la comisión episcopal de Migraciones, el reto no es asimilar a los inmigrantes, sino respetarlos como a iguales. Los prelados españoles re-

conocen que es necesario cierto control y “unos cupos” para determinar el número de extranjeros que han de entrar en el país, pero piden que, a la hora de establecer la cantidad, se piense más en “las necesidades de quien se ve obligado a pedir hospitalidad”. El arzobispo de Burgos, monseñor Martínez Acebes, hace memoria: “Acuérdate, españolito, que un día tú fuiste emigrante, y quizá sufriste el desprecio”.

Respecto al problema político, resulta fundamental hacer un llamado de alerta al peligro de una conciencia exacerbadamente nacionalista, la cual, acompañada de populismos, conduce a la xenofobia y al racismo. Estos factores nos llevan, sin lugar a dudas, a considerar la integración de los migrantes como uno de los problemas de mayor envergadura y de dificultad con el que se enfrenta este nuevo siglo que acaba de comenzar.

NOTAS

1. W. Kimlicka, “Ciudadanía multicultural”, Ed. Paidós, España, 1995, p. 257.
2. <http://www.europarl.es/correo/postales/racismo.html>. “Resolución sobre el racismo, la xenofobia y el antisemitismo y sobre el Año Europeo contra el Racismo (1997)”.
3. Jean-Ives Camus, “La extrema derecha europea, entre el radicalismo y la respetabilidad”, *Le Monde Diplomatique*, año V, No. 53 (marzo), 2000, p. 3.
4. R. Stavenhagen, “Racismo y xenofobia en tiempos de la globalización”, *Estudios Sociológicos del Colegio de México*, vol. XXI, No. 34, 1994, p. 15.
5. <http://www.jornada.unam.mx/> M. Vázquez Montalbán, “Globalización y xenofobia” (30 de enero), 1999.
6. Jean-Ives Camus, *op. cit.*, p. 4.
7. *Ibidem*.
8. Ma. Pellin Sánchez, “Reflexiones en torno a la Ciudadanía Europea”, en *Ágora*, revista de Ciencias Sociales, Centro de Estudios Políticos y Sociales, Valencia (mayo), 1999.
9. Nasser Negrouche, “Discriminación racial a la francesa”, *Le Monde Diplomatique*, año V, No. 53 (marzo), 2000, p. 4.
10. S. Zizek, “Multiculturalismo o lógica cultural del capitalismo multinacional”, en Jamenson y Zizek, *Estudios Culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*, Paidós, Barcelona, 1998, p. 157.
11. *Ibid.*, p. 172.
12. *Ibidem*.

13. Pietro de Pedro, "Identidad europea y Tratado de Maastricht", en revista *Tablero*, del Convenio Andrés Bello, año 22, No. 58, Colombia, 1998.
14. A. Touraine, "¿Qué es una sociedad multicultural? Falsos y verdaderos problemas", *Claves*, s/f.
15. Pietro de Pedro, *op. cit.*
16. Zizek, *op. cit.*, p. 186.
17. Pietro de Pedro, *op. cit.*

BIBLIOGRAFÍA

-
- 2000 *Le Monde Diplomatique*, año V, No. 53 (marzo).
- ALTAMIRANO, T.,
1992 "Exodo, peruanos en el exterior", PUCP, Fondo Editorial.
- CHAMBERS, I.,
1994 "Migración, cultura e identidad", Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- DÍAZ POLANCO, H.,
1998 "Autodeterminación, autonomía y liberalismo, Autonomías Indígenas. Diversidad de Culturas e Igualdad de Derechos", ALAI (febrero).
- KIMLICKA, W.,
1995 "Ciudadanía multicultural", Ed. Piados, España.
- MORENO, P.,
1994 "La herencia desgraciada: racismo y heterofobia en Europa", *Estudios Sociológicos del Colegio de México*, vol. XXI, No. 34.
- PIETRO DE PEDRO,
1998 "Identidad europea y Tratado de Maastricht", en revista *Tablero*, del Convenio Andrés Bello, año 22, No. 58, Colombia.
- PELLIN SÁNCHEZ, Ma.,
1999 "Reflexiones en torno a la ciudadanía Europea", en *Ágora*, revista de Ciencias Sociales, Valencia, Centro de Estudios Políticos y Sociales (mayo).
- STAVENHAGEN, R.,
1994 "Racismo y xenofobia en tiempos de la globalización", *Estudios Sociológicos del Colegio de México*, vol. XXI, No. 34.
- TOURAINÉ, A.,
s/f "¿Qué es una sociedad multicultural? Falsos y verdaderos problemas", *Claves*.
- ZIZEK, S.,
1998 "Multiculturalismo o lógica cultural del capitalismo multinacional", en Jameson y Zizek, *Estudios Culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*, Paidós, Barcelona.